



UN PASEO Á LA ORILLA DE UN ARROYO.

Queridos niños, sigamos el curso del arroyo que baja de aquella colina cubierta de árboles, y lleguemos hasta su origen, hasta el sitio donde nace. Está lloviendo; pero, ¿qué importa la lluvia á los hombres? Desde niños deben acostumbrarse á todos los elementos, y sobre todo al agua. En nuestro clima llueve ordinariamente la mitad del año. El soldado, el marino, el labrador, el viajero, el obrero, se esponen frecuentemente á la lluvia por deber y por su propio interés; los niños tampoco deben temer la lluvia, sobre todo cuando se trata de adquirir instrucción.

La lluvia no es mas que un baño saludable cuando se recibe andando y sin detenerse, y solo es perjudicial cuando se suspende la traspiracion por estar parado; así, pues, la lluvia no debe ser nunca obstáculo para los ejercicios y paseos de los niños. Todo se arregla con mudar de vestido y calzado apenas se vuelve á casa.

No sucede lo mismo con las niñas, destinadas por la naturaleza á tener cuidado del hogar y de la familia. La

debilidad de su sexo las dispensa de las fatigas que los hombres no deben temer. De modo que las niñas deben desde ahora hacer el aprendizaje de sus futuros deberes preparando á sus hermanitos para cuando vuelvan del paseo en dias lluviosos, vestidos secos y alimento caliente, y los niños, en pago, las divertirán refiriendo lo que han visto notable y curioso.

En marcha, pues, queridos niños, y veamos dónde está el nacimiento de ese arroyuelo; mientras seguimos, sin perderlo de vista, hasta llegar al logro de nuestros deseos, os daré una idea de las propiedades del agua.

El agua se presenta en tres formas, líquida, en estado de vapor, y helada.

Mirad esas nieblas que parecen adheridas á las altas cimas de las montañas lejanas; ellas son las que suministran el agua que corre á nuestros piés en este arroyo. Pero, ¿de dónde nacen? Los paganos imaginaban que habia unas divinidades que habitaban las cimas de las montañas y desde allí vertian el agua que formaba los rios, y que las nieblas que rodeaban las mon-

tañas eran espesísimos velos con que aquellas divinidades se hacian invisibles á los ojos profanos. Vosotros, naturalmente no creéis en esas falsas divinidades, y debéis saber que los vapores que se levantan del mar forman las nubes, que esas nubes, condensándose, forman la lluvia, y que el agua de la lluvia, infiltrándose en el seno de la tierra, da nacimiento á los rios y á los arroyos.

En efecto, ved esas nubes que cruzan lentamente los aires; el sol las ha levantado del Océano, y el viento del Sur las empuja hácia el Norte para endulzar los rigores del invierno y renovar, de camino, los manantiales de los rios.

Si ese Océano atmosférico, pasando sobre nosotros, cayera en enormes masas, haria gran daño á la tierra; pero cae del cielo en largos hilos de plata, como si cayera por los agujeros de una regadera. Los campos embeben esos largos hilos, las plantas los reciben en sus hojas nacientes, y las aves acuáticas sobre sus plumas impermeables.

Consideremos ahora algunas cualidades principales del agua. En forma de vapor rompe los rayos luminosos y aumenta los ángulos de los cuerpos que se ven á través de esas nieblas, de manera que nos parecen mucho mas grandes. Eso es lo que se llama refraccion. Así que el sol Levante que veis á través de esa niebla os parece mucho mayor que de ordinario. Tambien por la refraccion un palo metido en el agua parece roto, y la parte que está dentro del agua mucho mas gruesa que la que está fuera.

Cuando los vapores están opuestos al sol y reunidos en gotas de lluvia refractan á la vez y reflejan la luz

que se descompone en colores. Tal es la causa del arco iris, que muchas veces habreis visto á la puesta del sol.

El agua refleja y devuelve la luz. Por esta razon este arroyo parece allá abajo en medio del valle brillante como un espejo.

El agua representa los objetos que le rodean como si estuvieran encerrados en su seno. La física os explicará la ley de este maravilloso mecanismo. El agua refleja la luz fuera sobre los objetos que la rodean y refleja sus formas en el interior.

La tierra embebe el agua como una esponja; la piedra mas seca encierra agua. Ved aquella calera, en la pendiente de la colina; de allí sale un torbellino espeso de humo, aunque no tiene mas combustible que chamarasca y broza, y solo está llena de piedras. Si poneis una piedra de cal sobre carbon encendido, la vereis echar humo; exhala los vapores del agua que contenia, y que son tan sutiles que penetran los cuerpos mas compactos.

Podeis ver el efecto en una piedrecilla muy estimada á causa de la propiedad que tiene de embeber el agua instantáneamente. Es naturalmente un cuerpo opaco; pero si se mete en agua se hace casi trasparente. Se le llama *oculus mundi*, ojo del mundo. Es un nombre muy grande para un objeto bien pequeño, pues no tendrá mas tamaño que una lenteja. Alguna de estas piedrecillas se ha vendido en un precio enorme á causa de su rareza.

Sin embargo, encuentro que la piedra de cal es sin comparacion mas curiosa y mas útil; porque despues de haber contenido agua, que hace visible por medio del humo, si se la mete en el fuego, embebe el fuego, y lo hace vi-

sible si se la mete en el agua. Sirve además para una infinidad de usos.

Pero no nos alejemos de nuestro arroyo: tenemos que observar su corriente, que es cosa muy curiosa, y la debe á la pendiente del terreno.

El frio condensa los vapores y el agua, y forma así la nieve y el hielo. Como hace mucho frio en las altas montañas, se forman masas considerables de nieve y hielo que duran todo el año; así se ve en las montañas de Suiza y en nuestros Pirineos. Los ventisqueros en Suiza tienen á veces treinta leguas de longitud por cinco ó seis de ancho, y hasta quinientos ó seiscientos piés de elevacion. Los de las Cordilleras en América son mucho mas estensos y elevados; así hay rios que como el Amazonas, tienen 1.400 ó 1.500 leguas de corriente y mas de 120 de embocadura.

Hay muy pocas masas de agua que estén siempre á nivel y en completo reposo. Desde la fuente hasta el Océano, la mayor parte de las aguas circula y está siempre en movimiento. El agua que cae forma el manantial, el manantial forma el arroyo, el arroyo se lanza en el rio, el rio en el mar, y el mar mismo está constantemente en movimiento. La fuente tiene su manantial en una roca, el arroyo en una colina, el riachuelo en una montaña, y los grandes rios en las montañas de hielo.

Este arroyuelo basta para daros una idea del Océano, como una planta insignificante os la puede dar de un gran árbol. Desde aquí veis las orillas, las playas, los estrechos, los istmos, los promontorios, los cabos, las bahías, los bancos de arena, las islas, las confluencias, los pantanos.

Si hay tierra que se impregna de

agua fácilmente, la hay tambien que la rechaza; así sucede con la tierra arcillosa, que es gris y compacta, grasa y suave al tacto, ó contiene partes ferruginosas que se manifiestan, sobre todo en la cocion, por un color rojizo. Ya veis esa tierra en ciertos puntos escarpados en las orillas del arroyuelo.

El agua de las lluvias penetra la tierra vegetal y las capas de arena, pero se perderia en el interior de la tierra si no se detuviera en las capas de arcilla que la naturaleza ha colocado en diversas profundidades. Allí es donde se forman los manantiales que suministran el agua á los rios. Sin esos diferentes depósitos, tanto interiores como exteriores, las aguas llovidas correrian sin nada que las detuviera, y cuando los vientos no llevaran los vapores á lo alto de esa colina, este arroyo quedaria seco.

Pero ya hemos llegado al nacimiento de este arroyo. Mirad cómo sale murmurando de esa grieta de la roca cubierta de raices y escolopendras. Sus aguas se reunen en una especie de depósito bordeado de juncos y plantas silvestres. Alrededor veis los chopos y los sauces; mas lejos, en aquella altura, las hayas y los castaños. El manantial de este arroyo está todavía en un terreno mas elevado que el en que nos hallamos.

Debe su origen á vapores reunidos alrededor de las rocas, y que condensándose han formado hilos de agua; estos, despues de haber penetrado la superficie de la tierra, se reunen en una especie de lecho de rocas ó de arcilla, se deslizan por esa abertura, y se juntan en ese depósito que estais viendo.

Me parece que el paseo no será perdido para vuestra instruccion.



A LA VIRGEN INMACULADA.

(PLEGARIA.)

¿Cómo no amarte, celestial paloma,
Flor sin igual de púdica belleza,
Iris de dicha que en Oriente asoma,
Símbolo fiel de incólume pureza?

¿A quién si no es á ti, Madre de amores,
Irán las preces que en tu insigne día,
Y entre música, incienso, luz y flores,
Cristiano pueblo hasta el empíreo envía?

Henos aquí de hinojos á tu planta,
Y en jubilosas lágrimas bañados,
Lõando el sol de tu hermosura santa
Que hace brillar los cielos dilatados.

Henos aquí que ansiamos ofrecerte,
Con viva fé que abrasa nuestro pecho,
Amor más poderoso que la muerte,
Amor gigante á su recinto estrecho.

Henos aquí que nuestras hondas penas
Cual dolorosa mirra te brindamos,
Y en tu aroma de lirios y azucenas
La salud del espíritu ciframos.

¿Y no has de oír nuestra oracion amante?
¿No has de oír nuestros cánticos de gloria?
¿Velarás tu dulcísimo semblante
A los que ensalzan tu inmortal victoria?

No, Vírgen, no! Cuando de gozo henchido,
Y ante el ara de santo Capitolio,
El Vicario de Dios, por Dios movido,
Al mundo habló, de Pedro desde el sólio;

Cuando irradió cual sol la que era aurora;
Cuando los cielos con piedad se abrian;
Cuando sobre la tierra pecadora,
Lluvia feliz, las gracias descendian;

Entonces sin temer negra asechanza,
Como roca que el mar embiste en vano,
Nuevo vigor cobró nuestra esperanza
De hallar el BIEN, asidos de tu mano.

¡Cómo entonces el alma combatida
Por el rigor de bárbara fortuna,
Cual estrella de paz apetecida
Te vió sobre tu trono de la luna!

Por eso ante el altar do estás posando
Con aliento mayor todos venimos,
Hoy que vemos en tí con gozo blando
Templo puro de Dios por quien vivimos.

Óyenos con bondad: vénos clemente:
Vierte en raudal tu angélica ternura:
Muéstranos la auröola de tu frente,
Faro que nos alumbre en noche oscura.

Recuerda que eres Madre de aquel SANTO
Que á tí el tesoro de sus gracias fia:
¡Reine la dicha donde reina el llanto!
¡Florezca el bien para tu pueblo un dia!

Y al noble anciano, al Justo venerable
Que á sus verdugos con amor perdona;
Al que á su frente ciñe perdurable
De Rey, Padre y Pastor triple corona;

Al que en sus penas, cual Jesús bendito,
Do su cabeza reclinar no tiene
Porque el que está, por el Señor, maldito,
Del sacro alcázar a lanzarle viene;

Ábrele el manto donde habrá consüelo;
Y huyan los viles á tu excelsa ayuda
Cual la negra tormenta que en el cielo
Ráfaga de huracan disipa ruda.

Esto pedimos ante tí postrados
Hoy que tu faz cual nunca resplandece;
Pero si á tí, por culpas y pecados,
Subir nuestra plegaria no merece;

Para que llegue de tu gloria al trono
Te rogaremos con afan prolijo
Por lo que humilla á Lucifer su encono...
¡Por esa CRUZ en que murió tu HIJO!

ANTONIO ARNAO.

LA HERMOSURA.

Á EMMA (1).

Acabo de encontrarte delante del espejo, y he adivinado en tí dos emociones: la de la propia satisfaccion, que engendra la vanidad, y la de la sorpresa, que engendra el rubor. Lo siento por tí, hija mia, y te pido que me escuches: la voz de un padre no lleva consigo el halagador encanto de la lisonja ni la intencion destructora del desengaño; de mis lábios sale la verdad; la verdad, que marca los quilates de la estimacion, para que seas mañana querida y admirada, bendiciendo la memoria de tus padres, á cuyos consejos deberás el mayor de todos los beneficios: aprender á conocerte.

La primera emocion me revela que el espejo te cautivaba, viendo en él con los ojos del amor propio, que son ojos embusteros, los rasgos de la hermosura, sin saber que cuando esta no existe la forja la imaginacion: hé ahí la vanidad.

La segunda emocion me revela que sentiste verte sorprendida por mí, porque adivinaste que habia de desagradarme la satisfaccion de que estabas poseida: hé ahí el rubor.

(1) Pertenece este delicado trabajo al libro *Lecciones familiares*, segundo de la coleccion que para sus hijos ha escrito el señor Guerrero, textos populares en las escuelas de Cuba y Puerto-Rico, y que pronto lo serán tambien en las de España, pues dentro de pocos dias aparecerá el primero titulado *Lecciones de mundo*, que contiene máximas, consejos y fábulas morales en verso, de cuyos trabajos conocen ya una muestra los lectores de Los Niños.

No puedes apreciar todavía ni el peligro de la vanidad ni el mérito del rubor; pero el instinto se anticipa en la criatura al conocimiento de las impresiones, y si bien la primera me disgusta, la segunda me cautiva. El rubor es el correctivo de la vanidad, y la naturaleza, que es la gran maestra de los instintos, se adelanta á mis deseos.

Ahí tienes el espejo: mírate en él. —¿Por qué apartas la cabeza y te niegas á obedecerme?—¿Acaso una voz secreta te dice que mi orden no exige el cumplimiento porque trato de darte una leccion dulce pero severa?—Sí, hija, del alma: allí donde veo un peligro acudo á evitarlo, que este es el primer deber de los padres previsores. El espejo engaña, porque no copia lo que le presentan, sino lo que la presuncion quiere ver. En mis ojos encontrarás el espejo de tu alma, y este espejo nunca te engañará; eres linda, muy linda, y debes dar gracias á la naturaleza por haberte dispensado ese don; pero ni el atractivo de tu rostro, ni la perfeccion de tus formas constituyen la hermosura que me envanece y que ha de envanecerte. La hermosura del alma es la que en la tierra recoge la admiracion; es la que abre las puertas del cielo.

La vanidad es la satisfaccion de sí misma, y esa idea roba el mérito á la mujer; la hermosura ha de lucirse sin ostentacion, dejando que la aprecien por sus cualidades; es hermana de la modestia, y debe, como la violeta, esconderse entre las hojas para que la busquen, atrayendo con su rica esen-

cia; la flor mas oculta es mas codiciada porque guarda en sus pétalos el tesoro del candor, que exige el recogimiento. El candor es como la sensitiva, que se cierra apenas ponen en ella una mano profana; la ignorancia su riqueza.

Arregla tus acciones á la práctica de las virtudes para que te respeten; ejerce la caridad para que te adoren; estudia para que te admiren; cumple con los preceptos de la religion para que Dios no te abandone; hazte amar por tus propios merecimientos, sin acordarte de tu figura, y luego asómate al mundo ostentando en el rostro la sonrisa de la satisfaccion que produce la tranquilidad de la conciencia: el mundo es el espejo en donde han de mirarse los mortales; allí encontrarás el resplandor de tu alma, y los hombres se disputarán una mirada de tus ojos, doblando la rodilla ante la única hermosura que permite vasallos y que disculpa la idolatría.

El alma, como el cuerpo, debe llevarse siempre muy limpia, pues la mujer mas perfecta, si tiene la conciencia súcia, es una fealdad repugnante. ¿No arrancas de tu ramillete la flor de ricos matices que desagrada por su olor pestífero? Pues esa flor, hija mia, bella en la apariencia, no solo no es apreciada, sino que es peligrosa, porque infesta á sus compañeras.

Y hay otra razon que has de tener muy presente para grabar en tu memoria mis sanas reflexiones: la mujer que fia su porvenir á la hermosura de su rostro, descuidando los verdaderos encantos, olvida que la belleza física es un don pasajero; el tiempo la destruye y queda en la vejez un vacío que no se puede llenar, causando la des-

gracia del compañero que cautivó con tan frágil dote y su propia desgracia, que regará con lágrimas eternas por no reconquistar el imperio perdido; y tambien olvida que la hermosura es un don prestado, pues la Providencia lo recoge cuando á bien lo tiene, destruyéndolo sin piedad con una viruela aguda ó con un golpe inesperado; pero la hermosura del alma nunca se acaba: sobrevive á los años y á los rigores de la suerte, y mientras mas combatida se ve, más se enaltece; arrostra las grandes penalidades con el auxilio de la resignacion, y se levanta despues para mostrar sobre su pecho con noble orgullo la palma del martirio.

La mujer hermosa solo triunfa de los ojos, porque no recoge mas que el incienso del instante: vive de la primera impresion, que es pasajera como todas las impresiones no preparadas; pero la mujer buena, que luce la hermosura del alma, triunfa de los corazones, porque llega á imponerse; labra su impresion y se perpetúa.—No apetezcas el reinado de un dia; detrás de ese efímero placer, de esa corta satisfaccion, encontrarás el desencanto y los dolores; no consientas á tu alrededor una cohorte de adoradores que te halaguen la vanidad; procura rodearte de personas que te respeten y te admiren, y entre ellas hallarás tu porvenir. El incienso desvanece los sentidos, pero lastima los ojos y ciega; el murmullo de la admiracion ensancha el alma y marca en los labios la sonrisa de la mas grande y mas legitima de todas las satisfacciones.

En una palabra, hija mia, sé buena y serás hermosa; cierra los oidos á la lisonja que mata, y los ojos al espejo quemiente; no te perseguirán fátuos

lisonjeros, pero llevarás siempre detrás de tí, como el eco de una música deleitable, el rumor que levantan los pasos de la virtud que te acompaña. La virtud es la belleza del corazón, como la bondad es la belleza del alma.

No desfigures con movimientos estudiados ni con afeites asquerosos las perfecciones de tu rostro, pues la hermosura contrahecha es una falsificación de la naturaleza que solo engaña á la que pretende engañar. Los afeites manchan la piel y no tapan las faltas; ese engaño anuncia mas claramente la mentira.

No afectes las maneras para fijar en tí la atención, que nada cautiva tanto en la mujer como la sencillez personal, que responde de su franqueza.

Cuando te llamen hermosa no te sonrias, ni bajes los ojos; esos dos movimientos delatan una aceptación de la galantería que compromete tu dignidad. La sonrisa determina la gratitud; la acción de bajar los ojos autoriza á una segunda lisonja que se espera con aparente rubor. No te envanezcas, y tu hermosura será admirada de lejos, que es el mejor de los triunfos.

El oro no tiene valor por ser oro, sino por el precio que se ha convenido en darle; pero no olvides que se falsifica con una habilidad extremada; á la vanidosa nadie la estima y todos la rechazan; es como la moneda falsa, que solo la acepta el que no sabe el engaño.

No busques galas ni joyas para tu prendido, queriendo atraer con su riqueza las miradas; una mujer hermosa debe lucir como galas sus propias perfecciones; una flor es el mejor adorno de la niña modesta y candorosa; que las flores son delicadas como ella.

Las alhajas de valor despiertan la

codicia, y los ojos avaros se apartan del rostro de la mujer para contemplar las piedras preciosas. ¡Y todavía las mujeres se valen de ese medio de atracción que lastima su amor propio mas que todos los desdenes del mundo! La educación tiene la culpa de esa ceguera.

La mujer que se empeña en deslumbrar con su belleza, declara que no hay en ella otra cualidad con que pueda cautivar, y su equivocado concepto la perjudica, porque la hermosura es lo que menos vale. Graba, hija mia, en tu memoria este pensamiento; la belleza física hiere profundamente los sentidos, es verdad; pero el efecto en los sentidos es siempre de poca duración, porque se acostumbran á las impresiones; así, una mujer hermosa, si no posee mas que la atracción de su figura, pierde con la costumbre de verla el prestigio del triunfo.

La hermosura del alma cautiva siempre; para ella son los aplausos; para ella son las glorias duraderas de la vida; para ella son las bendiciones de la sociedad. ¿No cambiarías tu linda cara por esos rasgos de la verdadera hermosura? Rompe, hija mia, ese espejo en que hace poco te contemplabas, mirándote con la satisfacción de la vanidad, y que hizo nacer en tí el primer síntoma del rubor.

Ven á mirarte en los ojos de tu padre que nunca engañan, y mañana te asombrarás con orgullo al mundo, que es el espejo de los hombres. ¡Qué noble satisfacción la tuya en haber oído mis consejos! ¡Qué satisfacción tan grande la mia en haber iluminado tu alma para admirarte con la hermosura que envanece sobre todas las hermosuras!

TEODORO GUERRERO.



UN EPISODIO DE LA GUERRA.

En uno de los combates que han tenido lugar á algunos kilómetros de París entre los franceses y los prusianos, murió un pobre soldado francés, cuyo único amigo en este mundo era un perro, inseparable compañero que ni un momento le abandonaba, modelo de fidelidad y agradecimiento, y querido y admirado por todos los jefes, oficiales y soldados del regimiento.

Cayó el soldado, atravesado el pecho por una bala prusiana, y el perro, dando lastimeros alaridos, se echó sobre el cadáver de su amo. Y le lamia las manos y el rostro, y le tiraba de la manga del capote como si quisiera despertarle, y gemía y lloraba, conmoviendo profundamente á los heridos

que desde cerca contemplaban aquel tierno espectáculo.

Ya llegaba la noche y no había sido posible enterrar los muertos ni recoger los heridos. Las aves de rapiña acudían ya al olor de la matanza, y se cernían sobre los cadáveres, dispuestas á precipitarse á participar de aquel horrible festín que la guerra inícuca les ofrecía.

El perro levantó la cabeza, vió una enorme ave de rapiña que iba á lanzarse sobre el pobre soldado, y se preparó á defenderle...

En vano el buitre revoloteaba alrededor de la presa; el perro furioso, echando espumarajo por la boca, con el pelo erizado, hacía frente al fiero enemigo, que al fin, después de una no-

che entera de lucha, tuvo que ceder y alzar el vuelo.

Y el pobre perro se echó otra vez sobre el pecho del soldado herido, y allí le encontraron los enterradores cuando fueron á dar sepultura al cadáver. Abrazado al cuello de su amo, no permitió moverse, no cedió ni á los halagos, ni á las amenazas, ni á los golpes. Los enterradores eran soldados á quienes conocia, soldados que llevaban el mismo uniforme que su amo, y no trató de hacerles resistencia.

—Juan, dijo uno de los enterradores; el pobre perro quiere que le entierren con su amo.

—Es verdad.

Los soldados levantaron el cuerpo de su camarada, le pusieron en la fosa;

y el perro, sin ahullar, sin gruñir, se arrojó en la fosa también y abrazóse otra vez al cuello del cadáver.

Uno de los soldados, para evitar al animal el tormento de ser enterrado vivo, le disparó un tiro, y allí quedaron sepultados los dos amigos.

Niños, este ejemplo de amor y fidelidad es una lección para muchos hombres egoístas é ingratos.

Este episodio lo refiere una carta de un soldado francés dirigida á su padre, y publicada por un acreditado y veraz periódico de París.

Nos ha parecido que nuestros tiernos y buenos lectores verán con interés estas líneas, destinadas á ensalzar un grande ejemplo de fidelidad y gratitud.

LO QUE PUEDE UNA MUJER

(CONTINUACION.)

VI.

LO QUE PUEDE UNA MUJER.

La situación de Rosita y de su hija era cada vez mas angustiosa. El trabajo escaseaba, y la salud de Angelita se quebrantaba visiblemente.

Ella procuraba disimular su estado, fingia alegría y tranquilidad, comia sin ganas para que su madre no advirtiera su mal; pero es imposible que á una madre la pueda engañar su hija fácilmente. Rosita conoció que su hija estaba muy mala, y aunque apenas te-

nia con que cubrir sus mas apremiantes necesidades, buscó á un médico, al mejor médico de Madrid.

Ya no pudo negar mas Angelita. El médico reconoció su mal estado, prohibió terminantemente que la niña trabajase, y dijo á la atribulada madre:

—Señora, su niña de V. ha debido sufrir mucho, su afección es eminentemente moral; pero en su edad y en sus condiciones de existencia la afección moral puede dar lugar á una afección física gravísima. Es V. madre y no debo ocultarle la verdad, sobre todo ahora que se está á tiempo de evitar el

mal, de rechazar esa horrible y traidora enfermedad que la amenaza, pero que, combatida enérgicamente, no llegará á herir á la pobre niña. Es preciso que esta niña no trabaje, que respire aire puro del campo, que se alimente bien; hay que cuidarla con singular esmero; es una flor delicada que, bien cuidada, se levantará bella y radiante, y tendrá perfume, colores, vida; pero que, al mas leve descuido, inclinará su tallo, plegará sus hojas descoloridas, y morirá.

—¡Dios mio!

—No hay motivo, señora, para des-
esperar. Dios ayuda mucho á las buenas madres, y V., ayudada por Él, sabrá disputar su presa á la muerte, que espera acechando el momento en que se la deje llegar hasta ese ángel.

—¡Oh! sí, sí, lo haré todo, todo por salvar á mi hija.

Luego que se hubo despedido el médico, negándose de la manera mas delicada á recibir el precio de su visita, la niña emprendió la tarea de conven-
cer á su madre de que no estaba mala, pero Rosita la interrumpió severamente.

—Niña, le dijo, tú quieres engañarme, y este es un engaño criminal. Por no dejar de ayudarme, por no darme mas trabajo quieres sufrir en silencio tu enfermedad, quieres morirte... y que yo muera tambien, porque ya habrás comprendido que sin tí no viviria yo...

—Ni yo sin tí, madre mia, exclamó Angelita arrojándose en los amantes brazos de su madre; y ambas confundieron largo rato sus lágrimas.

Despues de aquella expansion dolorosa, ambas levantaron los ojos y ambas dieron un grito.

Delante de ellas estaba Manolito, el infame esposo, el inícuo padre.

Angelita miró á su madre, como si quisiera pedirle permiso para hacer lo mismo que ella le habia enseñado, y corrió á besar la mano á su padre.

Este besó á la niña; pero el miserable no advirtió que aquel rostro encantador estaba pálido y mústio, que aquellos ojos estaban tristes y sin brillo, que aquellos lábios estaban descoloridos, que la niña estaba enferma, en fin. En el corazon de aquel hombre se habia extinguido todo tierno sentimiento.

—Tengo que hablarte, dijo á su mujer.

—Ya escucho.

—Tengo un compromiso que no puedo eludir ni aplazar; tengo que dar un dinero que tomé hace un año á pagar en dia fijo, y no lo tengo.

—Supongo que no habrás creido que yo lo tendré. Yo no tengo mas que lo que ganamos Angelita y yo trabajando, y eso es bien poco.

—Ya lo sé; pero sin embargo, tú puedes proporcionarme hoy esa cantidad, que no devolveria si no fuera porque el usurero que me la prestó me tendió hábilmente un lazo que yo no presumia. Se trata de que lo que yo creia que era una escritura sencilla, una obligacion de préstamo, es una escritura de depósito, y no devolviendo esa cantidad el dia señalado, se considera como estafa la no devolucion... y mañana ese hombre me llevará á la cárcel.

—¡Dios mio! exclamó Rosita.

—Por mí me importaría poco, porque he llegado ya á tal extremo de desesperacion, que á todo soy indiferente... pero he reflexionado que tú y tus padres, con vuestra vanidad...

—¡Oh! Manuel, no hables de mis padres, por favor.

—Bueno; vamos á mi asunto. Tengo quien me preste esa cantidad que he de entregar mañana mismo; pero me exige que firmes tú conmigo el recibo. Yo solo no soy suficiente garantía.

—¡Yo?... Yo no podré devolver nunca...

—¿Quién sabe?... La fortuna de tus padres puede recuperarse, y en eso fia la persona que va á hacerme ese favor.

—Nunca, no haré jamás eso que me propones.

—Corriente, mañana iré á la cárcel como un criminal.

—¡Ay Manuel! ¿Y quién tiene la culpa de tu desventura?... No hablo de la



Pero no era Rosita sola la que trabajaba; tambien trabajaba Angelita (Pág. 218).

mia y de la de mi hija; pero tú, al mismo tiempo que á todos nos has hecho desgraciados, te has hecho mas infeliz que mis padres, mas que yo, mas que tu hija, porque nosotros tenemos confianza en Dios, la conciencia tranquila y la fé que alienta y fortalece á los que sufren inmerecido infortunio y resignacion bastante para privarnos de todo y trabajar, y no dejarnos vencer por la miseria, pero tú...

—No he venido á oír reconvenciones, Rosa. Vengo á proponerte un medio de salvarme.

—¿De salvarte?... ¡Ab! la sangre toda de mis venas daría por salvarte verdaderamente del abismo en que has caído, pero ya es tarde.

—Rosa, tienes razón, he sido un miserable... pero dices bien, ya es tarde para enmendarme.

—¡Ah! no sería tarde si tú quisieras, si tú quisieras trabajar, como yo trabajo, como trabaja mi madre, como trabaja tu hija, tu pobre hija, que por ayudarme, por proporcionarme dos reales mas cada día sobre los seis ú ocho que yo gano, ha perdido la salud, ha comprometido su existencia. Hoy mismo ha estado aquí un médico, quien me ha dicho que la vida de mi hija solo puede asegurarse con un cuidado esquisito, con buenos alimentos, con aire puro, con sosiego y alegría... Dime tú si yo puedo asegurar la vida de mi hija. Pero si tú quisieras, si tú quisieras trabajar, aunque fuera de escribiente, si vinieras á compartir con tu mujer y tu hija la desgracia, á cumplir, en fin, los deberes que tan olvidados tienes, nuestra hija alentaría, se alegraría, recobraría la salud, y por muy pobres que viviéramos, podríamos vivir en calma, y acaso Dios nos abriera mas ancho camino.

—Tienes razón en todo, yo me he conducido mal... pero es tarde, te repito.

—Nunca para el bien es tarde.

—Bien, pensaré... reflexionaré... pero dime si estás dispuesta á hacerme el servicio que he venido á pedirte. Si voy á la cárcel, acusado de estafa, será mucho mas difícil lo que me aconsejas.

—Es verdad. Firmaré.

—Gracias, Rosa, eres muy buena y mejor suerte merecias.

—¡Oh! también he sido mala.

—Me permitirás que vuelva con esa persona que va á facilitarme esa cantidad. No hay que hacer mas que un simple recibo, obligándome yo á devolverle el préstamo en un año, y tú á garantizar el pago con los bienes que puedas adquirir por tu herencia...

—¡Oh! ¡qué vergüenza!

No tardó mucho en volver el esposo acompañado de un hombrecillo, que con ser uno de los prestamistas mas ricos de Madrid, parecia un pobre á quien se le haría gran favor con darle dos cuartos de limosna. El hombre tenía todas las trazas de un avaro, y de su mugriento bolsillo sacó una tras otra las monedas que entregó á Manolito, y que componían la suma de cuatro mil reales; pero el recibo rezaba seis mil, y aun encarecía el viejo avariento su generosidad y el poco interés que sacaba á su capital, más deseoso de hacer favores que especulación con su dinero.

—Advierto á V., caballero, dijo Rosita, que cedo á la exigencia de V. de que yo firme con mi marido, porque éste me asegura que solo así puede evitar una gran desgracia que le amenaza; pero yo no cuento con nada absolutamente, no espero recobrar bienes algunos...

—¿Quién sabe, señora? Su señor padre de V. tenía su fortuna en manos de un hombre que huyó á América.

—Es verdad.

—Ese hombre puede volver, y pudiera suceder que sus padres de V. recobrasen su fortuna cuando menos lo esperen.

—¡Dios mio!... ¡si fuera cierto!... ¿Tiene V. algun motivo para sospechar?...

—Sí señora, alguno tengo; pero no se vaya V. á creer que es una cosa se-

TIPOS DE LA CALLE.



El arenero.

gura. Cuando se cree seguro el bien y el bien no llega, se sufre un desengaño cruel. Mas vale ponerse en lo peor.

El hombrecillo recogió su recibo, acabó de contar el dinero, guardó en el mugriento bolsillo el sobrante, y salió arrastrando los pies, en los que ostentaba unos zapatos rotos dignos de un lugar en la sportilla de un arenero.

Manolito recogió aquel dinero y salió también, prometiendo á su mujer pensar en lo que le habia dicho, y volver pronto.

—¡Dios mio? exclamó Rosita: ¿podrá suceder lo que ha dicho ese hombre?...

¿Podrán recobrar mis padres la gran parte de su fortuna que estaba en poder de aquel infiel amigo?... ¡Oh! ¡Dios mio! daría mi vida porque fuera cierto. Sufra yo todos los trabajos, todas las penas, yo, que todo este castigo merezco por haber sido hija ingrata y desobediente; pero que recobren mis padres el bienestar y la tranquilidad!... ¡En tí pongo toda la confianza, Dios mio, salva á mis padres y salva á mi hija, y descarga sobre mí sola todo el peso de tu justicia!

(Se continuará.)

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORANEOS.

La mujer ha nacido para ser la conservadora de la paz doméstica, como las antiguas Vestales, lo eran del sacro fuego.

La mujer debe cifrar todo su conato en no parecerse á los hombres, sino en asemejarse á los ángeles sus hermanos.

La sociedad rechaza á la que se precia de sabia, porque no quiere que reine por el entendimiento, intermedario entre la tierra y el cielo, sino por el alma, que es la esencia misma de la divinidad.

El ser mas favorecido por la naturaleza, es sin duda ninguna la mujer, supuesto que ha colocado entre sus manos, la varita de mágicas virtudes, que trueca los males en bienes, y hace surgir de los áridos peñascos, la fuente del consuelo y la esperanza!

Angela Grassi



La distinguida escritora que firma y esta circunstancia nos veda hacer la página autógrafa que publicamos aquí su elogio. Diremos, sin embargo, hoy, es colaboradora de esta *Revista*, que la señorita Grassi ha merecido ser

TIPOS DE LA CALLE.



El buñolero.

premiada por la Academia española en público certámen; la obra que le valió esta distincion es la novela *Las Riquezas del alma*.

El Bálsamo de las penas, *Los que no siembran no cojen*, *Espigas y amapolas*, son tambien obras suyas de gran mérito, y tienen sobre la mayor parte de las novelas que se publican, la ventaja apreciablesima de que pueden de-

jarse sin peligro en manos de la juventud. En ellas no aprenderá otra cosa que virtudes cristianas y altos ejemplos de moralidad.

Creemos que los lectores de Los Niños verán con gusto los bellos pensamientos escritos á la cabeza de estas líneas por la señorita Grassi, tan sencilla, tan modesta y tan buena como sus obras!